



VEINTIOCHO AÑOS DE SERVICIO EN EL IJ

Marisol Guevara Artega

En 1992 yo tenía diecinueve años cuando entre a trabajar al Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, en donde llevo 28 años de labores sirviendo con gran amor.

En esos años se usaban máquinas de escribir con papel carbón para las copias; el presupuesto se llevaba en tarjetas y libros contables; se usaban los faxes (lo último en comunicaciones), las primeras computadoras y las impresoras de punto; la información se guardaba en disquete, se usaban los limpia tipos y las “calaveritas” para borrar. En esos años utilizábamos los teléfonos de disco; se grababa en casetes; en la Biblioteca se buscaba la información en catálogos con fichas bibliográficas y los libros se mecanografiaban. Se hacían muchas estancias de investigación profesional en derecho de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, y dejaban sus investigaciones plasmadas en los libros del IJ, y ayudábamos a transcribir sus investigaciones. También varios investigadores eran enviados a estudiar al extranjero, hoy son grandes juristas reconocidos internacionalmente.

El doctor Manuel González Franco era el secretario administrativo y mi jefa inmediata era la señora Irma Aragón, jefa de Presupuesto; siempre cariñosa, linda y tierna (solía decirme “Marisol, primero lo primero, ¿cómo estás?, y luego a comenzar a trabajar”). La doctora Rosa María Álvarez era la secretaria académica; el doctor Héctor Fix-Zamudio, en el Instituto Iberoamericano; la oficina del doctor Jorge Carpizo frente al Departamento de Publicaciones, siempre saludaba de mano a todos. El señor Hurtado era el

jefe de Publicaciones; el doctor Edgar Corzo era el coordinador de la Biblioteca; el doctor Juan José Ríos Estavillo era el jefe de Legislación y Jurisprudencia; el doctor Miguel Carbonell era el jefe de Extensión Académica, y el doctor Raúl Plascencia Villanueva era el jefe de Planeación.

Los investigadores de aquel entonces hoy son grandes juristas destacados internacionalmente, grandes maestros que junto con los trabajadores formábamos una gran familia. Era motivo de gran alegría las frecuentes visitas al Instituto del doctor Luis Raúl González Pérez y del doctor Jorge Madrazo, a quienes recuerdo saludando a todo el personal con aquella gran sencillez y calor humano que los distinguía. Se respiraba cordialidad, respeto y compañerismo.

El doctor José Luis Soberanes Fernández, quien era el director, en aquel entonces solía decirme cada vez que le llevaba la correspondencia: “Mejor me debería traer chocolates”, y así lo hice un día. Se dirigió a mi lugar y me dijo: “Gracias por el fino detalle, son mis preferidos, era broma, en todo caso soy yo quien debe darle chocolates a usted”. Después, llegó el doctor Diego Valadés como nuevo director del IJJ, con quien tuve la fortuna de laborar por ocho años, durante toda su gestión como director. Tuve la enorme fortuna de ser testigo de su inquebrantable honradez, generosidad y alto sentido humano, un gran ejemplo que me sigue estimulando en mis estudios.

Durante el tiempo de servicios en el Instituto también he tenido la gran fortuna de servir y colaborar con varios destacados profesionales. El doctor Juan Vega como secretario académico, amigo de todos, su gentileza, inteligencia y educación lo destacan como un gran ser humano y académico. El doctor Héctor Fix-Fierro, noble, sencillo, con gran sabiduría, y de trato suave, recuerdo cuando desayunaba con cada uno de los departamentos del Instituto para agradecerles su colaboración. ¡Un gran ser humano! El doctor Héctor Fix-Zamudio, siempre con un gran sentido del humor, cada día al llegar a su oficina nos hacía reír; su generosidad, sencillez, respeto y humanidad lo hacían grande entre los grandes. El doctor Fernando Cano Valle, a quien admiro, aprecio y agradezco profundamente por todas sus enseñanzas, un gran humanista en toda la extensión de la palabra. Ha sido un gran honor converger en la línea de tiempo con tan grande personaje. Además de que personalmente le debo mucho bien a mi vida en varios aspectos. El doctor Jorge Carmona, un gran ser humano, un destacado académico, generoso y comprensivo. El doctor Pero Salazar, a quien tuve la fortuna de servir durante su periodo como secretario académico, su agilidad mental y su amplio conocimiento jurídico son admirables.

Y así con cada uno de los destacados académicos, técnicos académicos, personal administrativo, becarios y gente de servicio social. No tendría espacio para escribir tantas anécdotas de muchos años, todos son un gran engranaje que constituyen una magnífica institución que ha sido casa de todos, impulsora de estudio, difusión de la enseñanza jurídica nacional e internacional. Gracias por el gran ejemplo que recibe mi corazón y que me ha impulsado en mis estudios de licenciatura en derecho y posgrados.

Algunos ya se adelantaron, otros se jubilaron, algunos más siguen laborando y varios más han llegado; en un desfilarse en el tiempo. La vida acontece, ocurre, pasan circunstancias bellas y no tan bellas, y al final de todo te das cuenta de que es como un suspiro, como un abrir y cerrar de ojos, en donde finalmente todo evoluciona, cambia, se prolonga y trasciende. La vida es maravillosamente increíble y sensacional, y todo son experiencias que nos ayudan a crecer. Son bellos recuerdos. Gracias por la vida de todas las hermosas personas que han dejado grandes enseñanzas y afectos en mi ser y corazón a través de los años; todo me ha edificado, formado y construido. Somos de quienes tenemos la fortuna de convivir y aprender, estoy hecha aquí, GRACIAS IIIJ.

“Por lo tanto, gracias a cada uno de ustedes, que forman parte de mi vida y que me permiten engrandecer mi historia con los retazos dejados en mí”. “Que yo también pueda dejar pedacitos de mí por los caminos y que puedan ser parte de sus historias”. “Y que así, de retazo en retazo podamos convertirnos, un día, en un inmenso bordado de ‘nosotros’.” (Anónimo.)